

# EDUARDO BARRIOS Y SU TIEMPO

---

## RECUERDOS Y APRECIACIONES

AL EMPRENDER el examen de la obra de uno de los escritores de mayor prestigio en las letras nacionales, me asalta un escrúpulo que más de una vez me obsesionó con su tajante realidad. Leyendo estadísticas extranjeras, me di cuenta de que el total de títulos nuevos editados, cada año, en el mundo civilizado, alcanza cifras que sobrepasan el millón.

Hasta nuestro país, llamado con justicia "El último rincón", puede exhibir dos o tres mil obras nuevas al año. Cada uno de estos volúmenes impresos representan otros tantos seres humanos que procuran expresar ideas, sentimientos, imaginaciones, experiencias. Fácilmente un espíritu pesimista puede deducir que existe plétora de escritores y que no vale la pena escribir cuando hay tantos que pueden hacerlo mejor que nosotros. Para alentarme en la tarea, he debido responderme que escribimos no por mera satisfacción de vanidad, sino por un imperativo misterioso que nos impele a mostrar nuestro ser íntimo, impenetrable para los demás, y, seguramente, sin otro igual en la naturaleza. Del conjunto de documentos humanos, expresados por todo el que puede hacerlo, sería posible obtener el conocimiento de la humanidad y de su destino, siempre que esta expresión fuese sincera, clara hasta la transparencia y, en lo posible, armoniosa y bella en su conjunto.

Pero he aquí que surge un nuevo problema. ¿Qué es lo bello? Para responder a esta sencilla interrogación, me parece oportuno recurrir a un ilustre catedrático y ensayista que ocupa en la actualidad la rectoría de la Universidad Austral: don Félix Martínez Bonati. Dice el señor Martínez:

“¿No es lo bello —tomado como arquetipo de cualidad estética valiosa— algo indefinible, que no puede demostrarse objetivamente? ¿No indica todo esto que las apreciaciones estéticas son casuales o, al menos, relativas y por ende, incapaces de validez espiritual? ¿Cómo pretender, pues, que sean impuestas a todas las apreciaciones de unos pocos?” Y responde el señor Martínez: “Dejemos a cada uno con su gusto, pues no hay certeza que legitime lo contrario”. Y añade: “Ningún plebiscito por sincero sufragio universal arrojaría una lista de clásicos. ¿Con qué derecho pretende esa minoría culta imponer a la colectividad sus valoraciones estéticas, y en general, la estimación del arte como bien superior? ¿De dónde proviene esa autoridad espiritual que se arroga la curiosa potestad de condenar el “mal gusto”? ¿Por qué desestimar los placeres y las experiencias que da a las masas el arte vulgar y la conformación de carácter que puede darles la obri-lla convencional edificante, ya sea de índole política o moral?”

Seguramente el señor Martínez Bonati está en lo cierto al formular tales interrogaciones.

He conocido personas cultas, muy numerosas por cierto, que se deleitan con novelas de misterio y de trama policial. No leen otra clase de obras literarias. Y sería oportuno recordar lo que aseguran algunos biógrafos de León Tolstoi, quien, según ellos, para distraer sus ocios, leía a Paul de Kock, considerado por la alta crítica europea como autor de ínfima categoría. El maestro de Yasnaia Poliana habría confesado a sus íntimos que el modesto escritor francés le servía de maestro, para llegar, con su arte sencillo, al corazón del pueblo. En cambio, Tolstoi en su libro *¿Qué es el arte?*, exhibe a Shakespeare como vulgar plagiario, de antiestética ampulosidad y grandilocuencia. Analiza, también, las obras de Ibsen estimadas por la crítica como la más alta expresión del teatro moderno, y las considera como prototipo de arte confuso e insustancial. Ejemplos como éstos podrían multiplicarse. Otros autores, aceptados durante largo tiempo como maestros contemporáneos de la novela, por su estilo depurado y musical y por su objetividad lacónica y lapidaria para definir tipos, situaciones y ambientes, tales como Flaubert y Maupassant, han sido relegados por las jóvenes generaciones literarias, al último desván de cosas añejas. Verdad es, también, que otras generaciones más recientes los han recogido piadosamente para colocarlos de nuevo en pedestales más altos que los que tuvieron en el pasado....

Se ve, pues, que la belleza no sólo es subjetiva, sino que es motivo de mudanzas o modas que cambian según los paladares y aficiones de hombres de diferentes épocas. Pero ¿llegaremos a un punto común y a una exacta apreciación del “buen gusto”?... No es necesario res-

ponder a esta pregunta. Bastará comparar el juicio de varios críticos sobre una misma obra literaria para comprender la imposibilidad de uniformar la apreciación de lo bello y de lo mejor. Llegaremos siempre a un punto en que se produce caos de opiniones.

Después de estas consideraciones, pido anticipadamente disculpas a mis lectores por la audacia de formular opiniones personales sobre uno de los novelistas de mayor renombre en nuestras letras. En el curso de esta disertación, hablaré de la belleza y de otros valores de la obra de Eduardo Barrios. Habrá que tomar mis palabras como una opinión más, sin pretensiones de imponerla a nadie. Comenzaré por considerar su personalidad humana y su personalidad artística, ambas estrechamente relacionadas entre sí, de tal modo que, conociendo una de ellas, debemos encontrarla reproducida en la otra.

Sabemos que nuestro autor nació en Valparaíso en 1884, de padre chileno y de madre peruana. Es un hecho que nos puede proyectar bastante luz sobre el espíritu de Eduardo Barrios. Hay en él mestizaje de sangres y más del que indica el hecho escueto, porque la madre, a su vez, es hija de alemán, de francés y de vasca. El niño Eduardo vivió hasta los cinco años en Valparaíso hasta la muerte de su padre, y, desde esa edad, hasta los quince, en Lima, en donde recibió su educación de humanidades. Ingresó luego a la Escuela Militar de Santiago de Chile y sólo le faltó recibir el espadín para considerarse oficial del ejército chileno. ¡Qué mezclas de sangres, de costumbres, de ambientes, de afectos, de educaciones, se reúnen en la naturaleza del futuro escritor!

Por lo general, la sola mezcla de razas diferentes suele ser causa de productos extraordinarios, por no decir anormales, especialmente la que se realiza entre individuos del norte europeo y meridionales de raza latina, o latinoamericanos. No sé si existe alguna teoría científica que confirme esta aseveración; pero la simple experiencia personal me ha proporcionado un convencimiento muy pocas veces contradicho por la realidad. En el solo grupo de escritores y artistas chilenos podría citar decenas de casos. Todos poseen cualidades de excepción. Este mestizaje produce seres inteligentes, perspicaces, de afinada sensibilidad, de pintoresca imaginación. Suelen ser sobresalientes oradores, músicos o pintores. Pero también poseen un reverso temible por las sordas contradicciones que llevan en su espíritu y que puede proporcionarles sufrimientos y amarguras íntimas de imponderable intensidad.

Eduardo Barrios no contradice estas observaciones sobre mezclados orígenes raciales. En breve resumen autobiográfico, él mismo se refiere a su vida insatisfecha en los años de juventud, a su falta de acuerdo

con la familia paterna, y, más tarde, a sus andanzas tras el pan cotidiano y sus pintorescas aventuras. Pero en donde nuestro autor ofrece razón plena a sus complicados antecedentes raciales es en la profesión artística y en la calidad y contenido de su obra. Bastaría citar *El Niño que enloqueció de amor* para comprobar que se trata de un autor de sensibilidad tan aguda que podría considerarse como de anormalidad enfermiza. Más adelante, analizaremos algunas de sus obras: *Un perdido*, *El Hermano Asno*, *Páginas de un pobre Diablo*, *Tirana Ley*, *Los Hombres del hombre*, *Gran Señor* y *Rajadiablos*; en todas hallaremos la huella inconfundible de ese producto contradictorio y atormentado que proviene, según mi parecer, de los antecesores que se disputan en combate psicológico, enconado, la posesión absoluta de un espíritu.

Uno de los mejores críticos chilenos, Milton Rossel, explica las características esenciales de Eduardo Barrios en su prólogo a las *Obras Completas*, del novelista, basándose en los estudios del sabio alemán Kretschmer. Según Rossel, pueden aplicársele a Barrios las teorías del respetado psicólogo, situando a Barrios en el grupo de los esquizotímicos, en cuanto a su estructura corporal. Es interesante conocer este retrato psicológico, pues coincide en casi todos sus aspectos con la fisonomía del escritor chileno.

Según Kretschmer, citado por Rossel, "los esquizotímicos tienen un sentido agudo y civilizado del arte. Su gusto los lleva como por imán a los círculos distinguidos. En el medio atenuado que les es grato, son sobremanera amables, finos, obsequiosos, atentos, muy comprensivos, todo ello tras una atmósfera de distancia casi imperceptible. Pueden ser muy afectivos con algunos íntimos. Sus opiniones suelen ser claras, aristocráticas y comedidas. Hay por lo general en ellos una tendencia a lo romántico y aún a lo idílico. Su sensibilidad se manifiesta por un exquisito sentimiento de la naturaleza y una fina comprensión del arte, por un estilo personal lleno de gusto y de medida. Entre los esquizotímicos de más relieve se distinguen el soñador, el idealista extraño al mundo, el aristócrata de la forma (a la vez tierno y frío), el estilista puro que llega hasta el virtuosismo de la forma, el idealista sentimental enemigo de las muchedumbres. Desde el punto de vista intelectual, los esquizotímicos son con frecuencia lógicos, con cierta tendencia a la abstracción". Los rasgos anotados coinciden perfectamente con la personalidad de Barrios. Sólo quedaría por averiguar si su incorporación en el grupo de esquizotímicos se debe a la circunstancia de proceder de razas antagónicas, o si se debe a otras causas.

El medio ambiente que rodea a Eduardo Barrios desde su infancia no puede ser más perturbador para su natural desarrollo. Hasta los cinco años vive con sus padres en Valparaíso, ciudad dominada en esa época por el comercio inglés y transminada por el espíritu sajón en sus costumbres. En la calle se huele el tabaco rubio, y en los emporios predomina el olor a té de China y especias orientales, y se escuchan frases e interjecciones inglesas. Los mejores colegios son asimismo un trozo de la rubia Albión. Se juega fútbol, cricket, tennis. La rada semeja un bosque de mástiles de veleros venidos de todas partes del mundo. Las ágiles embarcaciones se entrecruzan en la bahía, sorteando naves y pesados transatlánticos. El niño Eduardo no pudo conocer los bares subterráneos, ni los marineros ebrios, ni las mujeres mercenarias. Vivió seguramente en alguno de esos cerros pintorescos en donde las casas se empinan unas sobre otras y los callejones mal empedrados culebrean hasta la cima transitados por vendedores ambulantes y pequeños caballos cargados con árguenas, que rebosan frutas olorosas. ¿Fue feliz en esa primera época de la vida? ¿Se entendieron bien el padre chileno y la madre peruano-alemana? Barrios no lo consigna en su autobiografía. En *Un Perdido*, la obra que recogió la mayor parte de sus recuerdos de infancia, tampoco señala indicios sobre la vida que pudieron llevar sus padres en Valparaíso. Quizá el silencio sea la única confesión relativa a un matrimonio en que debió faltar íntima y mutua comprensión. Los padres del protagonista de *Un Perdido* llevaron vida atormentada, pero, ya lo veremos más adelante, este detalle no puede ser tomado como autobiográfico, porque así lo deja en claro el autor.

A los cinco años Eduardo se traslada a Lima con su madre. El ambiente cambia por completo. Ciudad mediterránea, aristocrática, de costumbres aún con fuertes saturaciones de la Colonia de los Virreyes, con población blanca no muy numerosa, pero culta, mecida en perezosa atmósfera de romanticismo y de goces mundanos. Eduardo, seguramente, tuvo poco contacto con esa sociedad refinada, pero pudo absorber sus efluvios distantes en el hogar presidido por el abuelo alemán, hombre que poseyó en el pasado sólida fortuna y que durante la infancia de Eduardo debió hallarse en relaciones, por sus negocios, con personas de diferentes clases sociales. La influencia del abuelo alemán fue decisiva para Eduardo Barrios. Entre su madre, que veía en su único retoño, muchacho gentil, delicado e inteligente, un príncipe digno de todas las adoraciones, y su abuelo, hombre comprensivo, de gustos intelectuales selectos, el muchacho creció como planta rodeada por ambiente cálido de ternura, casi sin contacto con el sol abrasante ni con el viento impiadoso de las tempestades. Su

carácter adquirió blanduras y ensoñaciones peligrosas para un ser destinado a luchar por la vida.

En esa época debieron ocurrir los episodios narrados en la hermosa y extraña novelita de psicología infantil, *El niño que enloqueció de amor*. Tan extraña es esta narración, que a muchos pudo parecer inverosímil o, quizás, producto de un espíritu como el de un epiléptico genial: Fedor Dostoiewski. Pero Eduardo Barrios asegura en su autobiografía que el enamoramiento del niño hacia una mujer mucho mayor de edad fue efectivo y el protagonista él mismo, cuando contaba nueve años. Esta precocidad amorosa no es caso aislado en el mundo infantil y puede asegurarse que es síntoma de seres pre-dispuestos al arte. Podrían citarse numerosos casos de artistas, especialmente de músicos, que amaron en esa forma y en esa edad. Se podría consignar el caso de Manuel Magallanes Moure, el delicado poeta serenense, que se enamoró de su prima Amalia Vila al verla danzar, envuelta en vaporoso traje de baile, desde una de las ventanas de su casa. Manuel Magallanes no enloqueció, quizá porque fue correspondido y pudo con el tiempo casar con la amada que lo aventajaba en diez o quince años. La protagonista de *El niño que enloqueció de amor*, fue, pues, limeña, y no santiaguina como se pudiera creer por la novelita que tanto prestigio le dio más tarde a Eduardo Barrios.

A los quince años, terminadas sus humanidades, le fue preciso elegir carrera y regresar a Chile. "Mis abuelos paternos me impusieron la milicia —dice Barrios en su autobiografía—. Hube de aceptarla, por presión. Fui un cadete distinguido, gocé de todos los privilegios que mis conocimientos, superiores a los exigidos en la Escuela Militar y mi fortaleza física, me conquistaron. Pero mi espíritu no se amoldó jamás al ambiente soldadesco. Y obtuve mi "baja" antes de ser oficial".

¡Extraña contraposición! Fortaleza física y delicadeza espiritual. ¿De quién heredó la fortaleza física? ¿De su estirpe chilena o de su ascendencia alemana? No lo dice. Acaso la adquirió con el ejercicio metódico. Pero de lo que no cabe duda es que su sensibilidad fue producto del choque de las dos razas, del combate íntimo cotidiano de sensaciones que nunca armonizaron bien.

Salido de la Escuela Militar por el motivo anotado, indispuerto con sus parientes paternos, muerto su abuelo y viviendo su madre de escasas rentas en Lima, Barrios decide enfrentarse resueltamente a la vida sin apoyo de nadie. Actitud viril, nada de vacilante ni de sentimentalidad enfermiza. El atribuye esta fortaleza al ejemplo que le dio el anciano abuelo, quien arruinado y enfermo, salió poco antes de morir en busca de la rehabilitación de su fortuna, con un ardor que no habría poseído un hombre en plena juventud. También pudo

atribuirse esta fortaleza al carácter decidido que adquirió en la Escuela Militar, mediante la rígida disciplina de ese establecimiento destinado a formar guerreros.

Llegado a este punto, la vida de Eduardo Barrios se nos presenta confusa. Ni sus biógrafos, ni su autobiografía, ni sus libros, aportan indicaciones que puedan servirnos para reconstruir una existencia azarosa, llena de altibajos y de continuos cambios de residencia.

“...hube de recorrer mundo tras el pan, tras la fortuna, tras... no sé cuántos ideales de juventud. Recorrí media América. Hice de todo. Fui comerciante, expedicionario a las gomeras en la montaña del Perú; busqué minas en Collahuasi, llevé libros en las salitreras; entregué máquinas, por cuenta de un ingeniero, en una fábrica de hielo en Guayaquil; en Buenos Aires y Montevideo vendí estufas económicas; viajé entre cómicos y saltimbanquis y, como el atletismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté al público como discípulo de un atleta de circo, levantando pesas...”

En esta nota autobiográfica, demasiado breve para el espacio de vida que abarca, parece que hubiera como un premeditado espíritu de pasar por alto y de prisa los intensos episodios de una etapa de vida dolorosa. No es posible dudar de la verdad de lo que dice, pero ofrece datos, según nuestro parecer, en falso orden cronológico, lo que disloca y embrolla el conjunto de los hechos. Recordando charlas ocasionales con el escritor amigo, sin que él tuviera ánimo de levantar francamente un telón sobre su vida, pues Barrios no era expansivo al referirse a acontecimientos de su intimidad, podría rehacerse, con un poco de lógica, esta parte de su existencia.

Salido de la Escuela Militar parece natural que el ex cadete hubiera procurado partir a Lima. Todo lo empujaba hacia allá. Su madre por quien sentía intenso cariño y de quien era tiernamente amado; el recuerdo del hogar en que fue feliz; el deseo de resucitar nobles sensaciones vividas a la sombra del abuelo muerto; los amigos de infancia, entre los cuales hubo algunos muy queridos y de holgada situación familiar y, más que nada, el deseo de apartarse de esa familia paterna de espíritu apegado a la tierra vulgar y que no lo supo comprender. Pero hallóse en Lima con su madre en mala situación pecuniaria y se dio cuenta de que no podría vivir junto a ella sin convertirse en pesada carga. Su natural delicadeza debió obligarlo a buscar trabajo a cualquiera costa, y pronto. Quizás sus amigos le aconsejaron posibles derroteros y, acaso, le facilitaron algunas recomendaciones. De allí, sus viajes a las gomeras montañosas del Perú y sus búsquedas de minas en Collahuasi y, probablemente, la entrega de máquinas a una fábrica de hielo de Guayaquil. Todos eran centros de trabajo que estaban

dentro de la órbita de negocios peruanos. Aventuras disparatadas, quizás manotazos de hombre que se ahoga, con noventa y nueve por ciento de probabilidades de fracaso; pero muy dentro del espíritu romántico de principios de siglo xx y de pueblos con tradición emprendedora y ganosa de vida feudal principesca. ¡Qué hermosos libros al estilo de *La Vorágine* de Eustasio Rivera, habría podido realizar Eduardo Barrios con sólo ofrecernos el relato de sus mortales sudores en esas regiones selváticas de clima ponzoñoso, en donde la vida adquiere caracteres de lucha a mordiscos y zarpazos!... Pero no. El espíritu de Eduardo Barrios apetecía otra clase de lides.

Volvería la espalda a la selva maldita o al desierto desolado en donde sólo encontró humillación o muerte; saldría en busca de amor, de ternura, quizá de pasión sensual, en nuevos escenarios.

Otro de los caminos abiertos para las ambiciones juveniles en aquellos tiempos, desembocaban en el norte de Chile, en la pampa salitrera, en las ciudades semejantes a campamentos de California, hacia donde dirigieron sus pasos tantos hombres de espíritu soñador y aventurero. Por eso es de creer que la escala siguiente en la peregrinación de Eduardo Barrios debió ser la ciudad de Iquique. Es posible que se detuviera también en la pampa, antes o después de vivir en la ciudad, como tenedor de libros o contador de alguna oficina salitrera. Esta última ocupación pudo constituir la experiencia que más tarde le dio motivos para su novela *Tamarugal*, así como su estada en Iquique le proporcionó vasto tema para su libro *Del Natural* y de parte de su novela *Un perdido*. Todo indica que su estada en Iquique fue larga. En sus charlas hogareñas mencionaba continuamente Iquique, sus hombres, mujeres y costumbres. Allí, seguramente, fue protagonista de intensas aventuras eróticas. Al parecer, llegó a establecer una oficina de contabilidad, probablemente con varios empleados a sus órdenes, la que le proporcionó dinero, al menos en cantidad suficiente para llevar vida de bares, tertulias y comidas elegantes, en compañía de mujeres mundanas, citas misteriosas con damas de sociedad, juergas prostibularias, paseos y juegos de carnaval en plazas y malecones iquiqueños.

La vida de las ciudades del norte, Iquique y Antofagasta, en los primeros años de este siglo, fue alegre y despreocupada. Los negocios salitreros alcanzaban auge extraordinario. Se formaban fortunas con rapidez y se derrochaba el dinero con la misma facilidad con que se ganaba. El más modesto jolgorio se realizaba con champaña francés y con manjares succulentos, preparados por expertos cocineros de China y otros puntos de Oriente. Una población cosmopolita, en la que se mezclaban griegos, checoslovacos y yugoslavos; alemanes, japoneses,

españoles, con chilenos, peruanos y bolivianos, arrasaba las costumbres pacatas para llevar, aunque fuera ocasionalmente, vida ajena a prejuicios morales y religiosos.

En su primer libro, *Del Natural*, editado en Iquique y muy poco conocido aun por los críticos más estudiosos, es posible encontrar referencias a la vida y costumbres de Iquique a principios de siglo. Este libro no ha sido suficientemente apreciado, quizá como consecuencia de cierto complejo de modestia del autor o por haberse agotado después de los primeros años de su publicación. Eduardo Barrios no mencionaba jamás esta obra, o lo hacía con cierta ruborosa reserva ante escritores consagrados de Chile o Argentina. Sin embargo, el volumen contenía novelas breves y cuentos de verdadero valor, que pueden exhibirse, junto a obras posteriores, sin menoscabo de la personalidad literaria del autor. Fue concebida en una época de juventud en que aún no se apagaban los resplandores de la novela romántica sudamericana y cuando asomaba, como novedad revolucionaria, la obra lírica de escritores renegadores del clasicismo y del sobrio verismo de la Madre Patria, propagandistas de una vida erótica en libertad plena, con ciertos ribetes de licencia en la que se usaba y abusaba de escenas de alcoba. Algo de eso se refleja en la novela "Tirana Ley", incluida en el libro *Del Natural*, indiscutible producto de la experiencia personal de Eduardo Barrios en el ambiente iquiqueño en donde debió llevar intensa vida de pasión. La sensibilidad extremada y la timidez que lo hizo ampararse cuando niño en el amor de una mujer que lo duplicaba o triplicaba en años, lo hizo buscar en el ambiente iquiqueño el regazo de mujeres de experiencia, viuda rica en "Tirana Ley", mercenarias al margen de la sociedad, en *Un Perdido*. El espíritu generoso de Eduardo Barrios hizo que las comprendiera y las exaltara en sus obras, situándolas en un sitial de heroínas románticas, dignas de respeto y admiración. Rebrotó en ambas ocasiones la sensibilidad que exhibió en *El niño que enloqueció de amor* y un generoso romanticismo que aparece como contrapunto de la vida licenciosa y brutal que formaba el medio ambiente iquiqueño. En el pintor Gastón Labarca de "Tirana Ley" está encarnado el espíritu de Eduardo Barrios, a no dudarlo. Ella es una mujer que, si aún se encuentra en lozana juventud, ha buscado alivio a su falta de felicidad matrimonial en uno de tantos hombres que la solicitan con insistencia y tiene la desgracia de caer en manos de un individuo vulgar y vanidoso; pero, al conocer a Gastón Labarca, viuda ya, y libre, se enamora del artista, quien encuentra en ella su natural y más bello modelo, la inspiradora que lo lleva al triunfo en exposiciones de Iquique y de la capital. Agraciado por el Gobierno de

Chile con una beca en París, el joven se halla dispuesto renunciar al codiciado galardón a fin de no abandonar su amor, pero, ante las cobardes jactancias del despechado amante, decide pedir explicaciones a la inculpada, quien, en un rasgo de altiva sinceridad, le confiesa dolorosamente su falta. El artista parte a París; pero ni sus estudios, a los que se entrega con ardor, ni los placeres que le ofrece la gran metrópoli, le permiten olvidar su pasión. Por el contrario, lo invade una especie de insensibilidad frente al arte y a las incitantes mujeres que lo rodean. Abatido, anulado por el recuerdo, concluye por regresar a Iquique, solicitar el perdón de la mujer que ama, y casar con ella, desafiando la murmuración y el desprecio de la sociedad.

“Tirana Ley”, puede no ser una novela perfecta y de seguro es inferior a otras que escribió posteriormente el autor; pero ella nos muestra un hombre entregado al amor sin contención alguna, sensible, apasionado y completamente de acuerdo con la personalidad de Eduardo Barrios desde su infancia.

No puede cabernos duda de que el protagonista Gastón Labarca de “Tirana Ley” representa la realidad sentimental del autor. El mismo Gastón Labarca aparece como personaje de otra novelita corta cuya acción se desarrolla en Valparaíso: *Canción*. Pero aquí su fisonomía psíquica ha sufrido una transformación, completada, sin embargo, por la de su amigo y confidente Ramiro Concha. Ambos forman en conjunto el mismo tipo de sentimental delicado, enamorado y generoso que aparece en “Tirana Ley”.

Todo induce a pensar que en Iquique fue donde Eduardo Barrios hizo por primera vez en su vida, después de su retiro de la Escuela Militar, el despliegue de su innatas condiciones de hombre predispuesto a considerar el amor por encima de cualquiera actividad humana. No fue un ambicioso de riquezas, ni de honores, ni de predominio político y, si tuvo aspiraciones en ese sentido, fue sólo para colocarlas a los pies de una mujer.

Gran parte de los críticos de Eduardo Barrios ha atribuido a su novela *Un Perdido* carácter autobiográfico. El lo ha desmentido categóricamente.

“En *Un Perdido* pinto con veracidad la vida de la Escuela Militar. Pero no soy yo, por supuesto, ese Lucho Bernalles —protesta—. Algunos han dado en suponer que *Un Perdido* es novela autobiográfica. Falso”.

A Iquique llegaban continuamente compañías de zarzuelas españolas y otros espectáculos de cierta calidad, atraídos por la vida ostentosa y fácil que surgía al margen de la riqueza salitrera. Barrios frecuentó la amistad de comediantes de paso y, aunque en su novela *Un Perdido* no salen las actrices bien paradas, al compararlas con pa-

arroquianas de la vida airada, la verdad es que se dejó seducir por el brillo de las candilejas y hasta llegó a sentir atracción tan fuerte por una de las estrellas, que decidió abandonar sus fructíferas ocupaciones comerciales para seguir en pos de su cauda estelar. Sin duda a este episodio de su vida se refiere en su sintética biografía al decir: "Viajé entre cómicos y saltimbanquis; y, como el atletismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté al público como discípulo de un atleta de circo, levantando pesas... He caído, he levantado, he sufrido hambres, he gozado hartanzas. Y siempre, en medio de todo, me respeté... porque soy un sentimental".

No sólo porque fue un sentimental supo respetarse Eduardo Barrios en medio de la bohemia a lo Mürger a que lo arrastró su juventud y su ansia de vida, sino también por esa herencia de sangre que recibiera de antepasados alemanes y vascos, sintetizada en el abuelo materno a quien recuerda en *Un perdido* con el nombre de papá Juan, "única persona, según su confesión, que trasladó a la novela con sus pensamientos, con su alma, con su corazón y hasta con sus palabras". "El influyó como nadie en mi conformación anímica —agrega—; de su espíritu me reconozco descendiente genuino. Gracias a que de él proviene mi "célula permanente". He logrado mantenerme sano en todos los medios por los cuales la vida me ha hecho rodar después".

De sus andanzas por Chile y Sudamérica, o mejor, de su estada en Iquique, han nacido sus obras más sinceras, pero en Santiago es donde su cabeza y sus pies encontraron relativo reposo.

Viene de experimentar el mundo. Está cansado, abatido, hastiado, lastimado. ¡Tremenda cosa para un hombre que aún no llega a los treinta años! De "sus hambres y hartazgos" sólo ha extraído decepción y desesperanza. ¡Ah!, pero aun le resta algo que lo retiene fuertemente a la vida: desea tener un hijo. Ya no es amor, como el que conoció en la infancia, en la adolescencia o en la juventud, lo que apetece. Es un hijo, aunque sea al margen del amor. Lo desea vehementemente, como movido por ley misteriosa e ineludible, dictada desde lo alto por un Ser Superior.

Quizás ese Ramiro Concha que encontramos en su novelita *Canción*, publicada varios años después en Santiago, corresponda al estado de ánimo de Eduardo Barrios al pasar por Valparaíso después de su azarosa excursión por gran parte de Sudamérica. Pudo ser esa Olga del cerro Barón, candorosa y bella mujer del repertorio novelístico de Barrios, quien pudo ser la compañera que le tenía reservado el destino para obtener el hijo esperado; pero ¡no!... Era demasiado pura para recibir su espíritu quemado en la hoguera que acababa de atravesar, y huye precipitadamente. Al pasar, de noche, frente a la casa

que guarda un amor, en "el tren empenachado de humo rojizo y constelado de chispas", Ramiro Barrios hace flamear un pañuelo de despedida...

"No me quejo de la vida —dice en su autobiografía—, porque hoy me va pagando su deuda. Por mucho tiempo me entregué a ella, y entre sus inmensas manos ciegas sólo cansancio halló mi corazón. Al volver a Santiago, traía un gran cansancio. Mi esperanza se había refugiado en un anhelo único: tener un hijo. Y me casé, ciego, contra toda prudencia. ¡Ah, yo estaba tan rendido! Es preciso haber vivido todo lo que yo viví para comprender ese cansancio tras el cual la posibilidad de un hijo renovador aventaja toda cautela. En fin, pasemos. Hice un matrimonio absurdo. Pero tuve el hijo, dos hijos tuve; y por ellos y para ellos viví años y años... aunque yo sólo sé a qué precio. Pasemos".

Fue en la época de este primer matrimonio cuando conocí a Eduardo Barrios. Creo que llegamos a estimarnos. En el año 1912 yo había escalado una situación espectacular en el mundillo de las letras. Un primer libro de cuentos bien recibido y luego una novela que recibió el Primer Premio en el gran concurso de 1910, organizado con motivo del primer centenario de nuestra independencia, me dieron una notoriedad que seguramente no merecía y que me permitió codearme con los más conocidos escritores de la época. Barrios, en cambio, venía de fuera y ocultaba en sus bolsillos, como una culpa, su único libro editado en Iquique: *Del Natural*. Comenzó ocupando un empleo obscuro en la Universidad de Chile, bajo la dependencia del prorector Samuel A. Lillo, amigo incansable de viejos y jóvenes escritores y artistas. Tras de su mesilla de trabajo, Barrios demostraba deferencia hacia los visitantes. Hablaba bajito como economizando la voz. Emitía juicios cautelosos, generalmente halagüeños, aunque nunca adulones. De cuando en cuando, ante una arrogancia juvenil de alguno de los visitantes, contraía imperceptiblemente los labios finos, de enérgico y gracioso dibujo, y solía añadir una aguda observación irónica, pero tan suave, que no alcanzaba a ser percibida por la prepotencia del interlocutor. Era así. Acostumbraba usar el chiste oportuno, costumbre acaso adquirida en su trato con gentes de la farándula, pero cuando su interlocutor recogía el ligero dardo y lo devolvía con agilidad de buen deportista, la alerta sensibilidad de Barrios se desazonaba un poco y de inmediato cambiaba el tono por la natural sencillez que era su actitud habitual. Es que ironizaba, más que a las personas, a la vida en su aspecto general, como si al mirarla desde cierta altura, le mereciera una sonrisa de piadoso regocijo.

Fuimos amigos. Conocimos mutuamente nuestros hogares, muy modestos, pero acogedores. Poseía yo un pequeño negocio de librería en Alameda, frente al Instituto de Humanidades, hoy Casa Central de la Universidad Católica. El vivía en la plazuela de San Isidro, a pocas cuadras de mi residencia, de modo que mis niños y los suyos se reunían en la plazuela frente a su casa para sus juegos y piruetas infantiles. Deifilia Cossio, la primera mujer de Eduardo, desde las ventanas de su casa se encargaba de vigilar la pequeña parvada revoltosa. "Hice un matrimonio absurdo —exclama Barrios en su autobiografía—. Tuve dos hijos y por ellos y para ellos viví años y años... ¡aunque yo sólo sé a qué precio!" ¿A qué precio? Nunca me hizo Eduardo confidencias sobre las intimidades de su hogar. Lo creía feliz haciendo su vida de pequeño y apacible burgués. Ocupaba él una casa semicolonial de un solo piso con viejos muros de adobe, grandes habitaciones sombrías y patios estrechos. Cada mueble comprado, lo celebrábamos como una adquisición estupenda: el aparador y su cristalería, el boudoir para la señora, y, ¡lujo máximo!, un pequeño escritorio americano de cortina y una máquina de escribir... ¡Pequeños grandes goces! Para proporcionarse los cuales Eduardo trabajaba como un león; aprendía taquigrafía para optar a un puesto nocturno del Congreso, sin abandonar por eso el de la Universidad, escribía artículos en los diarios. ¿Y la literatura? Tampoco la abandonaba. Aprovechando los días feriados y hasta los minutos transcurridos en viajes de tranvía, fueron escribiéndose obras de teatro, novelas cortas y luego, por fin, la gran novela: *Un perdido*.

Poco se conoce aún de la vida de los escritores chilenos en los comienzos del siglo xx, cuando no existían casas editoras y el trabajo literario era cotizado por la mayoría de las gentes como distracción de holgazanes y bohemios. Puedo servir de testimonio de muchos heroísmos desconocidos entre las gentes de letras y entre los novelistas, en especial.

No podría precisar en qué época escribió Eduardo Barrios sus obras dramáticas, pero creo que fue a raíz de su regreso a Chile. Los autores chilenos que sentían inclinación por el teatro, debían esperar las giras ocasionales de grandes compañías españolas para encontrar oportunidad de llevar a escena obras de cierto aliento. No existían en el país compañías estables y las de elenco extranjero explotaban sólo el género de zarzuela y comedia liviana. En la primera mitad del siglo, nos visitaron María Guerrero, Tallaví, Pino y Thuiller. Borrás, Vilches y alguna otra. No recuerdo cuál de éstas puso en escena "Los Mercaderes en el templo" de Eduardo Barrios. Probable-

mente fue la de María Guerrero, de mayor arraigo en nuestro ambiente y la más generosa para acoger a nuestros autores.

“Mercaderes en el templo” marcó —dice Domingo Melfi—, y dejemos a un lado los errores de composición de que está erizado, una gran esperanza para nuestro teatro nacional. Existe ahí materia para un gran drama, que es preciso esperar para cuando el autor se resuelva a transformarlo, quitando los lunares y el soplo fuertemente romántico que ondula por sus escenas. “Por el Decoro” que, si bien es pequeño y fugitivo, señala el comienzo de la orientación del autor hacia los estudios minuciosos y profundos de la vida y del corazón, orientación que, pasando por la comedia “Lo que niega la vida”, dolorosamente irónica, viene a dar en el drama “Vivir”, recio e inquietante, principio, indudablemente, de nuestras tragedias burguesas. Es necesario señalar este lugar para Barrios, pues ha comprendido mejor que ningún otro la gran seriedad que existe en el teatro y lo imperioso que es ser honrado para perpetuarse” (Prólogo de “Vivir”. Imp. Universitaria, 1916).

“Vivir” es un gran drama en tres actos, intenso, humano, doloroso. Pone en juego una moral audaz, derivada de la vida misma. Puede asegurarse que es la continuación de esa novelita *Canción*, adorable en su forma y cruelmente triste en su fondo sentimental. La insistencia en el mismo tema nos hace suponer que se trata de un episodio autobiográfico que hizo gran impresión en Eduardo Barrios. Ramiro Concha no es el galán despiadado que Domingo Melfi cree ver en el personaje de “Vivir”. Huye de Olga porque se considera hombre en derrota, amargado por malos negocios o por fracasos sentimentales y no quiere contaminar el candoroso espíritu de la niña con su negro escepticismo del momento. Ramiro Concha, de *Canción*, aparece soltero aún, pero en “Vivir” ya ha contraído matrimonio, probablemente para obtener el hijo que lo obcecaba, y al encontrarse con Olga en Santiago, vuelve a huir de la joven quien, en compañía de su abuela Matilde, ha abandonado Valparaíso para perseguir el fantasma de su amor huidizo. Si hubiera sido Ramiro Concha un tenorio egoísta y cruel, habría aprovechado sin ningún escrúpulo el ofrecimiento incondicional de la enamorada y el celestinaje desgarrador de la abuela, que saltaba las vallas de toda moral a condición de salvar de la muerte a su nieta.

“Vivir” es un drama que merece ser extraído de la sombra, ahora que el teatro nacional posee notables compañías experimentales y de ensayo.

Fuera de las obras teatrales, Barrios publicó, en la época a que estoy haciendo referencia, *El niño que enloqueció de amor*, hermosa

novelita que le dio prestigio de psicólogo. Hay en esta obra sutiles matices de alma infantil que pueden parecer inverosímiles a quienes no los hayan experimentado; pero que se explican en un niño sensible y de temperamento francamente inclinado hacia la vida pasional, como seguramente lo fue Eduardo Barrios. Sus incursiones en el alma humana suelen resultar tan intensas y clarividentes que deslindan en la crueldad. Prueba de ello la tenemos en su cuento "¡Pobre feo!" del libro *Páginas de un pobre diablo*, y en la escena de *Canción* en que la pobre prostituta que pretendió pasar por muchacha honesta huye, cae en forma ridícula sobre el piso encerado del restaurante y llora, con caricaturesco llanto sin control, al verse descubierta por el que fue su incauto admirador.

Volviendo a *Un perdido*, la novela más completa de Eduardo Barrios, estoy de acuerdo con la protesta del autor ante los que le atribuyen carácter autobiográfico. Conocí en aquella época a la persona real que sirvió de modelo a Barrios para delinear la figura de Luis Bernales, el protagonista. Cuando me lo presentó N. Yáñez Silva en su oficina, era un perfecto gentleman, pulcro en el vestir y en el comportamiento. Años más tarde lo vimos aparecer en las páginas de *Zig-Zag* firmando hermosas narraciones. Era un perfecto artista, sabio en el decir como un veterano de las letras. Lo acogimos con simpatía, casi con entusiasmo, y no tardó en figurar en nuestras reuniones y tertulias de café. ¿Qué ocurrió en su vida? Lo vimos degenerar lentamente, absorbido por la vida noctámbula de bohemia. Se descuidaba en el vestir, hasta el punto de llegar a usar ropa demasiado holgada para ser propia, y de dudosa limpieza. Eduardo Barrios le consiguió empleos y le dio hospedaje en su propio hogar; otro tanto hicimos Mariano Latorre y yo; pero nuestro protegido abandonaba ocupaciones y hospedajes para perderse en los vericuetos oscuros de la capital. Todos deplorábamos su decadente voluntad y hacíamos esfuerzos para reintegrarlo a una vida fructífera. Imposible. ¡Era... un perdido!

Como último recurso, Barrios intentó hacerlo contraer matrimonio con la hija de una antigua amiga iquiqueña, con excelente situación y buenas disposiciones para aceptar la compañía de un escritor. Preparado y acicalado convenientemente, nuestro amigo fue bien recibido en casa de la joven y el proyecto caminaba sobre rieles. Después de todo, el pretendiente era un intelectual distinguido y pertenecía a conocida familia burguesa. Todos sus amigos cooperábamos con entusiasmo al noviazgo y, a fin de prestigiarlo, ideamos organizar una velada en el Ateneo en la cual nuestro amigo leería un hermoso cuento, en presencia de la presunta novia y de su familia. Sería un éxito, quizás una apoteosis.

En la noche de la velada, mientras los invitados de platea, escogidos entre el alto mundo social y catedráticos eminentes llenaban las aposentaduras del Salón Central de la Universidad, y los estudiantes se agolpaban en las galerías, el debutante, muy tímido y de sensibilidad enfermiza, vagaba en los alrededores, indeciso entre ingresar al salón o huir a esconderse en cualquiera parte. En esos instantes lo encontró Federico Gana. "¿Miedo?... —le dijo—. Yo te daré un remedio". Y lo invitó a beber una copita de whisky al bar más próximo. Quizá las dosis ofrecidas por el improvisado facultativo fueron demasiado grandes, pero lo cierto es que el orador penetró resueltamente a la sala repleta de público; pretendió subir la escala de la tribuna; tropezó, cayó y se le dispersaron los papeles que llevaba en la mano; procuró infructuosamente ordenarlos; los asistentes se impacientaron y protestaron; el orador, quizá con ánimo de imponerse, los apostrofó en forma descomedida; la galería pataleó y silbó. Fue un estruendoso fracaso. El conferenciante debió salir por una puerta falsa de la Universidad. No lo vimos en los días que siguieron, ni en muchos años más. El año 1917 hice una gira por el sur del país y al mirar por la ventanilla del tren lo vi en la estación de Osorno mezclado entre la muchedumbre del andén. Se hallaba en estado desastroso. A mi regreso a Santiago lo llevé conmigo y volví a hospedarlo en mi casa. Prefiero callar la continuación de su historia; sólo tendría que agregar nuevas vagancias, nuevos episodios de bohemia, cada día más descendentes, hasta que un día cualquiera, las lluvias de invierno, los alojamientos miserables, se lo llevaron después de una violenta pulmonía. Ese fue el fin de "un perdido", seguramente modelo que sirvió a Barrios para la confección de su dramática e intensa novela.



Una circunstancia vergonzosa, pero que no dejó de recordar con nostalgia por tratarse de episodio propio de una juventud desaparecida, me hizo intimar por mayor cordialidad con Eduardo Barrios. Tenía él de vecinos en la plazuela San Isidro a carabineros de una de las comisarías de Santiago. Como ésta correspondía también al distrito de mi residencia ocurrió que en alguna ocasión después de una expansión nocheriega, en la que mediaron golpes, palos y botellazos, un grupo de manifestantes fuimos a parar, mohinos y contusos, al cuartel de la plazuela San Isidro. Como Eduardo cultivaba buenas relaciones con sus vecinos, al vernos pasar frente a su casa acudió en nuestro auxilio, para conseguir que los oficiales de turno nos pu-

sieran en libertad. Esto nos valió bromas y chistes del novelista, que nosotros escuchamos con paciencia a fuer de agradecidos. En el transcurso de los años, cuando ambos ya peinábamos canas, o no las peinábamos, Eduardo Barrios presidió, como Ministro de Educación, la mesa de honor en un banquete que se me ofrecía en un restaurante chino de Santiago, a propósito del Premio Nacional de Literatura. Por motivos ajenos a la voluntad del festejado y de los festejantes, se produjo un tumulto en la sala contigua y la totalidad de los comensales del banquete se vio comprometida en una batalla de bofetadas, silletazos y volcamiento de mesas. Sólo quedamos sentados en la mesa de honor Eduardo Barrios y yo, contemplando, no sin cierto regocijo, las incidencias de la lucha favorables, por suerte, a nuestros amigos y defensores.

—¡Bien, Felipe! ¡Dale, Raúl! —gritaba Barrios, dirigiéndose a nuestros hijos. . .— ¡Viva la juventud!

Al salir de aquel memorable acontecimiento, entre las genuflexiones y disculpas de los elegantes chinitos, ex miembros de la Embajada China de Formosa, Eduardo Barrios comentaba alegremente:

—¡Digno festejo para Santiván! ¡No podría ser de otra manera! . . .

No pude replicar. Una vez más el agradecimiento ahogaba mi voz. No sabía el novelista que esa cualidad pendenciera que me atribuía, era sólo consecuencia, como muchas de la vida suya, de invencible timidez oculta bajo disfraz de abrupta bizarría.

Pero pasemos, o mejor dicho regresemos a la plazuela de San Isidro. Jamás me di cuenta de la infelicidad conyugal de Eduardo Barrios. Es verdad que era evidente la desarmonía física y moral de la pareja. El, tipo de buen mozo, blanco y rubio, naturalmente distinguido; ella, morena de fino tipo gitano requemado por soles de Andalucía, mujer muy próxima a la corteza terrestre, hacendosa, amante apasionada de sus hijos, viva de genio y amiga de la alegría. Era hija de un profesor, pero en el teatro habría desempeñado bien el papel de Carmen. ¿Caracteres que no se avenían? ¡Quizás! Pero Eduardo estaba habituado a la contención de sus impulsos y a considerar la vida como espectáculo visto desde una altura. Acaso ella fue, para él, un hijo más, tumultuoso, imprudente a veces, pero siempre digno de perdón.

No es posible ahondar demasiado en ciertos acontecimientos humanos cuando los protagonistas están aún muy cerca y existen sensibilidades abiertas que pueden recibir heridas a causa de nuestra indiscreción.

Yo creo que Eduardo Barrios tuvo conciencia de su infelicidad sólo cuando, después de obtener su tranquilidad económica, y encau-

zaba con éxito su vida literaria, pudo darse el lujo de mirar a su alrededor y reanudar la vida social que había llevado en otros tiempos.

Al lado opuesto de la angosta plazuela de San Isidro, frente a la casa de Eduardo Barrios, vivía con su familia una distinguida dama, una de las fundadoras del Club de Señoras, institución extraña en aquella época de costumbres coloniales. Era una mujer todavía joven, muy hermosa y de arrogante figura. Como estaba vinculada a varias instituciones de cultura y mantenía un salón literario al cual invitaba periódicamente a músicos, escritores, pintores, no tardó en estrechar amistad con el escritor vecino. También me tocó en suerte alguna vez ser uno de los asistentes a la escogida tertulia. Y no fue difícil darme cuenta de que Eduardo Barrios ocupaba en aquella casa un puesto de regala confianza. Era natural. La señora, cultísima; él, un escritor selecto; ambos poseían parecidos gustos artísticos. Además, la señora tenía familia igualmente distinguida, especialmente una de las hijas era tan parecida a su madre que se las habría dicho hermanas gemelas. ¿Qué de extraño era que el escritor se sintiera como en su propia casa?

Confieso que ni la más leve suspicacia cruzó por mi mente y habría continuado en el mismo estado de ingenuidad, si un día en que fui en busca de mi amigo, su mujer me recibiera con inequívocas muestras de mal humor.

—¿Qué dónde estará? —me respondió—. ¿En dónde quiere que esté?... Ahí al frente, pues... Esa mujer...

Pasaron los años. En ese intervalo perdí a mi primera esposa y Barrios, con esa buena amistad que nunca se desmintió, acogió en su hogar a mis hijos pequeños. Son cosas que no se olvidan y que colocan a dos amigos en pie de fraternidad. Creo que llegamos a establecer confianza absoluta entre nosotros y más de una vez nos pedíamos consejo ante situaciones delicadas. Pero jamás lo interrogué sobre sus disgustos familiares, ni tampoco él me confió nada. Sin embargo, al pasar un día frente al convento de San Francisco, vi salir a Eduardo por una puerta lateral, destinada al uso de los moradores. Parecía preocupado.

—¡Hola! —le grité, deteniendo mi coche—. ¿Se está poniendo beato?

—No mucho... —respondió con actitud retraída—. Pero tengo amigos entre los padrecitos del convento. Me interesa este ambiente franciscano...

Le di lugar en el asiento delantero, junto al volante, y continuamos la charla.

—¿Alguna nueva obra?

—Es posible. Si logro combinar mi plan de trabajo, creo que puede resultar algo. . .

Y a continuación, como si se resolviera bruscamente, me dijo:

—¿Sabe que mi nulidad de matrimonio es ya un hecho? . . .

—¡Hombre! . . . ¡Nada me había hablado de. . .!

—Nunca nos entendimos mi mujer y yo. Faltan sólo pequeños detalles para que seamos libres. . .

Luego, con acento concentrado, añadió:

—Necesito mi libertad. . . Aspiro a rehacer mi vida. . . Pues creo haber encontrado la mujer que me acompañará de verdad. . .

—¿Ha pensado en sus hijos, Eduardo?

—Sí. Quedarán en mi poder, por mutuo convenio y por disposición judicial. Mi prometida es bondadosa, de suave carácter, conoce a mis niños y los quiere; tendrán en ella una verdadera amiga. . . Por desgracia, me falta aún superar la voluntad de la madre de mi novia. Ella es tenaz y ejerce gran dominio sobre la hija.

—En un caso como éste, ella deberá ceder —dije, sin mucha convicción—. Siempre que no medien prejuicios. . .

—Eso no. Es mujer muy inteligente y de espíritu elevado. . . Pero. . . ¿Podría usted prestarme un servicio?

—Por supuesto, Eduardo. . .

—Usted comprenderá. . . Con lo sucedido, se me cerraron las puertas de la casa. . . Estoy en la misma situación que un enamorado de quince años. No puedo comunicarme con ella. . . y debo hacerlo a cualquier costa. No me queda otro recurso que aprovechar una de sus salidas para verla, sin testigos, y mantener una entrevista que debe ser larga. . . ¿Podría facilitarme su auto? En este momento se me ha ocurrido. . .

—Por supuesto. Y, si gusta, puedo servirle de chofer. . . discreto. Avíseme el día y la hora en que lo necesite.

—No habría necesidad de que me acompañara. Puedo manejar yo mismo. . .

Quedamos convenidos en que me avisaría. Pero pasó el tiempo y el aviso no llegó. Hasta que, cansado de esperarlo, fui en su busca y me encontré con una noticia inesperada. La madre consentía, al fin, y el matrimonio se celebraría dentro de poco. . .

Algún tiempo después apareció *El Hermano Asno*. Escasas novelas me han dado una sensación de belleza más completa que esta intensa historia de amor ocurrida tras los muros vetustos del viejo convento San Francisco. La crítica lo ha exaltado a los más altos niveles de belleza literaria. Sólo ha recibido censuras parciales. No han faltado quienes le encontraron ciertas similitudes con libros de la literatura

universal. Otros, que uno de los personajes, fray Rufino, desdice su fama de santidad en el último momento. Yo pienso lo contrario. Fray Rufino se sacrifica fingiendo locura erótica para salvar a su venerado compañero, el Hermano Lázaro, de una caída inevitable y también, exacerbó un fugaz pensamiento pecaminoso a fin de destruir la aureola de santidad con que sus fieles le adornaban, amagando su voto de humildad. En cuanto a reminiscencias de otros libros, creo que no las hay, salvo una de ínfima cuantía. Creo que Barrios tomó el "tono" de una hermosa novelita poemática de la condesa Mathieu de Noailles: "El rostro maravillado", traducida por mí del original francés "Le visage Emerveillé". Pero el "tono", nada más, como quien dice, el tono que el director de orquesta ofrece a los músicos antes de empezar una audición.

Volvamos a una frase de la autobiografía de Barrios que a cualquiera puede pasar inadvertida. "Mis libros —dice—, todos, tienen historia, aun *El Hermano Asno*, que ha recibido las emociones de mi amor, del definitivo, de éste que hoy me da una felicidad que me asusta y que me causa el espanto de la eternidad".

Con el ánimo limpio, dejo la interpretación de estas palabras a los biógrafos de E. Barrios y a los críticos y lectores de *El Hermano Asno*.

Después de la publicación de este libro, la obra de Eduardo Barrios adquiere proporciones de tipo universal. Habréis notado que en estas páginas he querido referirme casi exclusivamente al alma del escritor revelada a través de su obra, y que he evitado en lo posible un juicio sobre la belleza intrínseca de la narración; sobre su técnica; lenguaje, estilo, composición. Quizá pueda ser interpretado mi trabajo como superficial concierto prurito de chismografía literaria. Pero, estimo que el juicio sobre estética pura, debe reducirse a una simple frase: me agrada o me desagrade. Lo importante es la porción de humanidad que una obra contiene, los caracteres de sus personajes, el conocimiento que nos proporciona sobre la vida y, más que nada, la personalidad humana del escritor, definida inconscientemente a través de su obra, ya que ella nos proporciona un nuevo documento sobre lo individual dentro de la infinita variedad colectiva de seres que pueblan la tierra.

En las obras de su última etapa literaria el espíritu de Eduardo Barrios no aparece con la misma espontaneidad que en sus primeras novelas. En *Gran Señor y Rajadiablos* y en *Los Hombres del Hombre*, existe mayor estudio y reflexión metódica, pero menos de aquel espíritu único que animó a un hombre que en la vida llevó el nombre de Eduardo Barrios Hudwolker y esto es lo que a mí me interesa.

¿Podrían confundirse Eduardo Barrios con el protagonista de *Gran Señor y Rajadiablos*, don Pedro José Valverde?

En esta novela, quizás la más afamada de Eduardo Barrios y la que le significó un éxito editorial y pecuniario nunca repetido en Chile, hay hermosas descripciones de naturaleza y de costumbres autóctonas que seguramente el autor recogió en la última época de su vida, como propietario en San José de Maipo, y luego, como administrador de la hacienda "La Marquesa" Barrios, hombre de ciudad toda su vida, ya maduro y con situación funcionaria bien asentada, se hizo hombre de campo, vistió chaquetilla corta, sombrero cordobés, chamanto y espuelas de gran rodaja tintineante; arreó vacunos y asistió a rodeos homéricos entre el polvo y bajo el sol abrasante.

Eduardo Barrios ha sabido presentar el ambiente campesino en forma magistral. Sólo un escritor que ha vivido largos años en el campo, no en calidad de turista pasajero, sino golpeándose, día a día, en rudas faenas, sintiendo esperanzas y contratiempos en carne propia; gozando personalmente en la doma de potros, en la trilla o en el rodeo, pudo describir con emoción maestra las diversas escenas de la campiña chilena, sus costumbres y placeres. Puede jactarse Barrios de haber llevado a su libro un trozo de Chile, palpitante, real y admirable.

José Pedro es el legítimo gran señor de aquellas campiñas, encomendero criollo puro, violento, cruel y soberbio. En sus últimos años "maneja el rosario como las riendas de su cabalgadura —según el decir del autor— y siempre acarició a las mujeres con la ternura que dedica a sus potrancas vencidas". Su tremenda personalidad individualista absorbe implacablemente todo lo que cae bajo su dominio: amigos, mujeres, hijos. Cuando se le quiere imponer el tutelaje de las leyes del país, prefiere destruir la hacienda, destruirse él mismo, antes que manos ajenas intervengan en lo que él estima su propiedad inviolable. Muchos de sus contemporáneos se le parecen. Acaso el mismo Portales tuviera mucho de él, o José Pedro mucho de Portales. Ellos construyeron un Chile fuerte y respetado, con sana moneda, honorabilidad señorial y suprema distinción de espíritu. Pero habría que preguntarse si estos constructores, por muy antepasados nuestros que sean, por muy útiles que hayan sido, merecen constituirse en tipos ejemplares de nuestra raza. Ellos, con su esfuerzo, hicieron grande a Chile, pero lo trabajaron para su provecho y goce exclusivo. Nunca pensaron en la legión de cooperadores, medianos o ínfimos, que los rodean. Señores feudales prepotentes, utilizaron al pechero en la realización de su castillo; pero no le permitieron cruzar el puente levadizo, ni gozar de sus fiestas, ni escuchar la dulce voz de los trovadores palaciegos.

Han llegado otros tiempos. El mestizo numeroso y humillado, co-

mienza a realizar su aprendizaje de gran señor y a tomar parte en el festín de la vida. Son días turbios e indecisos. Colocar, en nuestra desorientación a José Pedro como modelo, podría conducirnos a catástrofes imprevisibles, más vale dejarlo en su marco de pasado: hierático, cruel y dinámico. Realizó su obra. Dejémoslo en su único puesto posible. Cuando aporreados obreros ocupen el sillón de los grandes y procuren imitar sus gestos de dominio, de seguro harán cosas pavorosamente vengativas y desconcertantes. Vale más, para que hallemos el camino de la Paz, no azuzarlos con el recuerdo de sus antiguos amos atrabiliarios.



Nunca quise sondear las ideas políticas y religiosas de Eduardo Barrios. Creo que se colocó siempre al margen de todos los partidos. Me parece que fue masón y, como tal, se explicó el mundo, su origen y su fin, bajo la moción omnipotente de un Gran Arquitecto. Fue amigo y partidario del General Ibáñez. Imagino que también estimó a otros presidentes, como Pedro Aguirre Cerda, por ejemplo. Como le preguntara en una ocasión qué opinión tenía del General, me respondió:

—Es hombre muy inteligente. Posee intuiciones de gran estadista. Es un trabajador incansable. Ama a su patria sobre todas las cosas. Posee astucia e instinto políticos. Es honrado a carta cabal. Sin ser socialista, posee ideas en favor de las clases asalariadas y proletarias.

Como notara en mi rostro una expresión de duda, agregó:

—Yo no tenía muy buena idea de sus capacidades; pero una vez que tuve ocasión de conversar con él sobre organización de bibliotecas y algunos problemas educacionales, me llamó a su despacho para encargarme un trabajo sobre ese tema. Al cabo de algunos meses se lo llevé terminado, después de estudiarlo a conciencia. Lo dejó sobre su mesa de trabajo y me dijo que me llamaría cuando lo hubiera leído. Después de un largo tiempo, y cuando creí se habría olvidado de mí, recibí un llamado suyo.

Tenía sobre su mesa mi manuscrito, lleno de tachaduras y anotaciones al margen, de su propia letra. Me dio las gracias y me lo entregó. Curiosamente examiné las anotaciones y me llevé una gran sorpresa. Eran atinadísimas y minuciosas, como si las hubiera hecho un hombre dedicado al estudio educacional durante una vida entera. Desde ese momento comencé a mirarlo con respeto y, quizás, admirativamente. Pocos días después, un amigo me detuvo en la calle para

felicitarme, con gran sorpresa mía. Había sido nombrado Ministro de Educación. . .

Eduardo Barrios fue amigo leal de Ibáñez hasta el último momento. Cuando se retiró del ministerio después de haber puesto en marcha una reforma educacional que trajo ciertas cosas nuevas como la Escuela Activa, basada en el interés, fue nombrado Director General de Bibliotecas, puesto que sirvió con dedicación y que le proporcionó holgura económica. En tiempo oportuno obtuvo su jubilación y pudo dedicarse con plenitud a sus quehaceres literarios. En la segunda administración de Ibáñez fue reincorporado a su puesto bibliotecario. Según me han dicho, aunque no me he procurado confirmación, esta vez aceptó, pero renunciando al sueldo.

Faltaríame decir algo de la última obra de Eduardo Barrios en el orden cronológico. Trata de un tema muy debatido por los psicólogos. La pluralidad del espíritu humano.

La novedad de *Los hombres del Hombre* consiste más bien en el modo de enfocar las diversas facetas del alma. Eduardo Barrios le da a cada faceta vida independiente, les presta a cada una personalidad definida, sin que por eso se desprendan del individuo. No actúan como don Quijote y Sancho Panza, a la manera de personajes en sendos cuerpos diversos. Los personajes de Cervantes se completan en forma simbólica, mientras que los de Barrios continúan viviendo en un mismo cuerpo, subordinados a los designios del dueño de casa.

Vienen de las profundidades del ser. Dormían en la región misteriosa del subconsciente, suben a la superficie como burbujas de aire, piensan, razonan, insinúan, aconsejan. Luego vuelven al abismo, donde vegetan en plácido sueño.

Para comenzar, ¿cómo se llama el protagonista de la obra de Barrios? Dice el autor que sus padres y padrinos "lo bautizaron Juan, Rafael, Fernando, Jorge, Francisco, Luis, Mauricio" . . . Y agrega: "Puede que siete nombres sean suficientes" . . .

Ahí están los siete personajes. Mientras unos duermen, otros actúan. El hombre que les sirve de apoderado general lleva vida placentera. Es rico, posee una mujer hermosa y amable, un hijo único a quien adora. Se diría que navega con mar en calma ante un panorama pintoresco y variado. Pero como no existe la felicidad eterna, cualquier día ocurre algo extraordinario. Las olas comienzan a encreparse en la superficie y se insinúa vago pánico a bordo. Los personajes del hombre suben desde el fondo del ser. Se agitan. Emiten opiniones contradictorias. Discuten entre sí. Aconsejan. El representante de tantas personalidades diversas escucha a todos y termina por confundirse cada vez más.

¿Qué ha pasado? Ninguna catástrofe aparente. Por el contrario. El protagonista recibe una noticia que habría llenado de júbilo al mortal más pesimista. No puede catalogarse entre los acontecimientos normales, pero la vida es así; a cada paso ocurren cosas inverosímiles, desconcertantes para un espíritu lógico. Un amigo íntimo del protagonista ha muerto en el extranjero. Noticia dolorosa, por cierto, aunque no catastrófica. Pero el amigo ha dejado la mitad de su inmensa fortuna al pequeño y único hijo del protagonista; la cuarta parte, a la bella madre del mismo, y el resto, al marido. Esto es ya más que anormal e invita a reflexionar.

Para un sujeto sencillo y bondadoso, bautizado con un solo nombre, no existiría problema. Es posible que aceptara con júbilo la herencia; comprando casas, automóviles, aviones; quizá daría la vuelta al mundo. Pero para un personaje de mucha trastienda, como dicen los españoles, que ha sido bautizado con muchos nombres, el asunto se complica. Aunque Fernando es sentimental y Francisco, seráfico, junto a ellos están y piden audiencias sucesivas, Rafael, violento y apasionado; Luis, sensual impenitente; Mauricio, cínico y calculador; Juan, filosófico.

¿Le ha sido infiel la mujer? ¿Es suyo el hijo adorado? ¿Iniciaría juicio inquisitivo contra la posible culpable? ¿Se dedicará a gozar despreocupadamente de la nueva situación? Cada huésped imaginario del protagonista juzga el caso en diversa forma y le da un consejo diferente. Son los hombres del hombre, los antepasados redivivos que hablan su lenguaje propio en su dolorida entraña.

En ese conflicto íntimo, en este cavilar hondo y solitario, en este discutir interminable con todos los hombres que componen su personalidad, en este bucear policíaco de hechos y psicologías, va concretándose el desarrollo de la novela. Desarrollo interesantísimo, apasionante, doloroso. La filosofía y la religión, la ciencia y el arte, intervienen y se mezclan con sutileza y naturalidad en estas páginas armoniosamente equilibradas.

Nunca Eduardo Barrios había alcanzado una acuidad mayor de pensamiento y de expresión y un dominio más sabio de sus condiciones de novelista. Si en sus primeros libros pudo encontrarse algún desliz de afectación, en estos últimos y a contar especialmente desde "El Hermano Asno" ha venido adquiriendo limpia maestría del idioma.

Ni cuando recurre a cierta manera de expresión vulgarizada por la moderna poética, deja de ser transparente y directo. Posee Barrios el arte de escribir disimulando el retoricismo. Hechos e ideas, sentimientos y sutiles sugerencias, aparecen expresados sin ayuda de términos

e imágenes retorcidas, forzadas y pretenciosas. Es un consuelo encontrar, entre los escritores que ya podemos clasificar como maestros, conservadores de un estilo claro, diáfano, que seguramente es la expresión de una raza que nada tiene que ver con la nebulosidad, ni aun cuando procure dilucidar complejas y oscuras abstracciones místicas plenas de misterio.

Esto en cuanto a la forma. Demás está que digamos que Eduardo Barrios alcanza en su desarrollo espiritual la cúspide de su poderío. Libros como "Los hombres del hombre" en virtud de su claridad maestra y del interés de su tema, están llamados a encontrar inmensa cantidad de "colaboradores", es decir, de lectores. Su obra logrará influir en el público de todas las castas y su influjo será sano, benéfico, por cuanto quien logre penetrarse de la complejidad del espíritu humano, podrá comprender y perdonar las debilidades del hombre, nuestro compañero de tránsito en este mundo. Libros de esta naturaleza dejan de ser exclusivos de una nación y pueden tender el vuelo hacia otros mundos y adquirir el calificativo de universales.

Mucho más hubiera deseado decir sobre Eduardo Barrios; pero bien veo que para esta circunstancia, ya me he sobrepasado. Sólo querría añadir que, al asegurar que en sus últimos libros Eduardo Barrios ha dejado de hacer labor autobiográfica, para convertirse en escritor de temas universales, quizá he cometido un error. Lo que ocurre en realidad es que si dejó de lado cualidades que constituían la esencia de su ser, en cambio, escudriñó en otras que también le fueron propias, pero que pertenecen a un nivel espiritual más elevado. Su espíritu, con los años, experimentó una especie de sublimación; se desprendió de cualidades puramente humanas. Es decir, se acercó al espíritu de Dios, en ansia de confundirse con él. Ha pasado a ser, por lo menos, sobrehumano. De ahí su desinterés por la visión pequeña sobre los hombres, del aumento de su comprensión y de su perdón. También aparecieron en él los múltiples espíritus heredados del abuelo Juan y de los abuelos paternos, y de otros antepasados, y de desconocidos. De ahí también la serenidad que lo invadió en sus últimos años y que yo no pude presenciar, pero que amigos comunes me han transmitido. Dícenme que su muerte sobrevino sin espasmos, sin angustia, sin lucha. Sentóse en su sillón de descanso en donde sus familiares lo mimaban, tomó un libro entre sus manos y empezó una lectura. Pocos momentos después lo encontraron en la misma posición, sonriendo. Había pasado silenciosamente, levemente, como en un vuelo, desde la vigilia, sin zozobras, a un plácido sueño eterno...